



Los buques a vela fueron grandes inspiradores de la literatura marítima.

REVISTA DE MARINA

EDITORIAL

Santiago (CHILE), Marzo y Abril de 1970

Volumen 87

Número 2



EL MAR Y LA LITERATURA

Todo pueblo poseedor de largas costas necesita dedicar atención al mar tanto como de él dependen su seguridad, su economía, sus necesidades vitales y su progreso.

La influencia del océano alrededor o a lo largo de un país se hace sentir en su clima y en las inclinaciones y actividades de sus habitantes, como sucede en Gran Bretaña, Japón y las naciones escandinavas, donde el eco marítimo está presente en todo momento.

Otros pueblos no tan enlazados con el mar y con sus capitales mediterráneas como Alemania, Francia, España, pero en mucho dependientes de él para su seguridad y abastecimientos, han creado a través del tiempo y de la experiencia, una conciencia marítima que si bien entre las naciones nombradas es cosa antigua, entre nosotros los chilenos, bañados por el más grande de los océanos del globo, viene siendo todavía una cuestión en la que es preciso insistir constantemente. Porque necesitamos que al fin se establezcan las políticas que nos conduzcan a un porvenir basado, si no totalmente, al menos en gran parte, en las posibilidades y riquezas que nos brinda el océano casi, vale decir, con tan sólo estirar la mano.

Chile, también con capital mediterránea, aunque nuevas y más cortas vías camineras la acercan provechosamente a la costa, mantiene todavía la actitud de un pueblo agrícola olvidando por completo de que en su extensa área oceánica, que desgraciadamente no se divisa desde Santiago, existen incalculables riquezas en substancias vegetales, yacimientos petrolíferos e infinitas reservas de peces que sirven para el consumo humano y de las industrias que aprovechan sus subproductos.

Y es que nunca, por lo menos en la escala deseada, se ha motivado la afición del chileno por las cosas del mar. Ni la en-

señanza ni la literatura han hecho algo valedero por ello, no obstante la influencia que una dedicación bien orientada en este sentido tendría de beneficioso para el país.

Particularmente nuestra literatura marítima es muy escasa. Aparte de un puñado de escritores que se pueden contar con los dedos, la mayor parte de ella está dedicada al campo, al folklore rural, a la novela o al relato de la vida agrícola sobre el telón de fondo de las faenas de la trilla, la vendimia y la descripción de paisajes cordilleranos, nominaciones de árboles y cantos de pájaros.

Pero, ¿y el mar, la vida cosmopolita de los puertos, la caza de la ballena, las aventuras de los loberos; las verdaderas epopeyas de los canales australes; la vida azarosa de los pescadores; las odiseas de las escampavías aprovisionando a colonos y fareos en medio de las aguas más borrascosas del mundo junto al esfuerzo continuado de los buques mercantes que prosiguen sus rutas bajo toda condición de tiempo?

De todo esto hay muy poco en la literatura chilena. Y sin embargo el relato de estos hechos, cuando se hace, despierta admiración y entusiasmo y atrae porque muestra una faena viril, una vocación y un empeño que poco o nada conocen las gentes de tierra adentro, a cuyos espíritus no llegan los ecos del mar.

Ultimamente la nación ha perdido dos importantes escritores marinos que en vida ayudaron mucho a formar esa conciencia que tanto necesitamos adentrar en nuestra alma: Salvador Reyes, Premio Nacional de Literatura, y Homero Hurtado Larraín, que si bien no fue un profesional de las letras, realizó como ex-oficial de Marina una importante labor histórica naval que se publicó en gran parte en esta Revista, en diarios y en un par de volúmenes editados por la Armada.

Ambos escritores ensalzaron nuestro mar y nos hicieron palpar el corazón de orgullo conociendo las proezas de los chilenos que lo enfrentan. Salvador Reyes nos paseó desde Arica a la Antártica, donde buscó tema para su "Continente de los Hombres Solos" y Homero Hurtado, en su vena histórica, nos hizo conocer múltiples proezas y heroísmos de nuestros marinos de guerra y una minuciosa relación del paso de navegantes y corsarios extranjeros por nuestras costas en el período colonial.

Este tipo de labor contribuye naturalmente a que un pueblo, con todas las condiciones geográficas del nuestro, se forme una auténtica conciencia marítima. Inglaterra tuvo a Marryat, a Kipling, a Conrad, a Masefield y a tantos otros que forman una pléyade junto a los que actualmente siguen en la misma ruta.

¿Por qué nosotros no nos empeñamos también en que estas vocaciones se estimulen y que en la enseñanza se incluyan los temas del mar como parte importante de lo que nos debe interesar a todos como ciudadanos y como chilenos que necesariamente tendremos que llegar a él y que desde ya en mucho vivimos de él?

Chile depende y dependerá siempre de su mar. Y un imperativo natural, histórico y geopolítico nos obliga a considerarlo como un elemento imprescindible para vivir y sobrevivir cuando la realidad nos indique que allí está la fuente de nuevas riquezas, que nos colocarán en la ruta de nuestro verdadero destino.